

## Al pasado: adiós

TODO puede ocurrir con el pasado porque el único lugar donde pervive es la memoria. Existen de él indudables huellas: edificaciones, pinturas y esculturas; escritos y esqueletos. Cada cultura va dejando sus vestigios y sin embargo no está en ellos el pasado. Porque aunque sea posible levantar hipótesis y teorías acerca de cómo fueron antes los hechos y la gente, éstas no son más que interpretaciones a propósito de un tiempo del que no se poseen más que algunas pistas con las cuales pueden armarse –y asimismo acreditarse– múltiples rompecabezas.

Cuáles son los testimonios culturales que se salvan de las guerras, el avasallamiento, las conquistas; cuántas las manifestaciones del arte y de la ciencia que ya no se conservan; cuántas las expresiones populares desaparecidas. El olvido, la censura, la ignorancia y el mismo azote de los fenómenos naturales han adelgazado en extremo la memoria de la humanidad. Pero además, al problema de las épocas perdidas, de los su-

cesos no registrados, es decir, de las zonas de amnesia de la Historia, es preciso añadir el resquemor por sus versiones de los hechos.

¿Quién fue por ejemplo Cristóbal Colón? Para los europeos que murieron antes de que la hazaña de Colón fuera reconocida, un soñador, tal vez un loco convencido de la redondez de la Tierra y de la probabilidad de llegar a la India por una ruta nueva. Para los pobladores del continente descubierto —el cual sería denominado América y no Colombia— no fue nadie. Para algunos portugueses, aún en nuestros días, un usurpador, pues según ellos uno de sus navegantes tocó primero esas tierras. Para los alfabetizados del siglo XX, en términos generales, Colón es el descubridor de América. Pero, ¿cómo llegará este pasado a la humanidad del siglo XXVIII o del XXX? Quizá Colón sea considerado en ese entonces un personaje de cuya vida no pueda deslindarse lo histórico de lo legendario tal como sucede ahora con Odiseo, el héroe de Homero.

Y qué decir de la memoria individual, no en lo relativo a la Historia sino a la propia biografía, ¿qué recuerda cada quien de su pasado? Cuántas caras, nombres y lugares “inolvidables” se olvidan. ¿Y las promesas que uno se hace, las ideas que se formulan, las preocupaciones y hasta los deseos que alguna vez, durante muchos días, meses o años, dieron impulso a la vida? ¿Qué fue de los dolores, los amigos o el amor de otros tiempos, y hasta de esas anécdotas que acaban por borrarse a pesar de haber sido uno el protagonista?

Es verdad: como la Historia, también el pasado individual deja huellas: fotografías, cartas, muebles, olores cautivos en viejas habitaciones; pero esos objetos sólo son capaces de evocar historias pasadas a quien ya las posee en la memoria; para un extraño dichos objetos no significan nada, no dicen nada. Y una vez más, ¿qué es lo que sobrevive en la memoria? Basta hablar con alguien acerca de un momento común para comprobar que los recuerdos no son idénticos, que cada cual guarda en su memoria una versión distinta.

Recordar todo un pasado, aun siendo el propio, es tan difícil o tan imposible como saber qué ha soñado uno a lo largo de la vida. Y es que el pasado y el sueño se parecen en que ya no existen; del mismo modo como se fuga o distorsiona un sueño al despertar, se fuga el pasado con la llegada del presente. Convertido en recuerdos, el pasado se instala en la memoria, pero como este terreno es inseguro, similar a la arena movediza, muchos recuerdos se empalman, se ajan o terminan hundidos en la desmemoria.

“Yo mismo temo a veces que nada haya existido, que cada vez y siempre, puesto que yo he cambiado, cambie lo que he vivido”, dice un poeta, cuyo nombre –acaso para confirmar este escrito– no consigo recordar. El pasado se nos escapa y prueba de ello es que salvo contadas ocasiones que prendidas de las fechas se vuelven indelebles en la memoria, ¿quién se acuerda puntualmente de lo que ha hecho día tras día a partir

de los 7 años de edad? o, al menos, ¿dónde ha estado cada 18 de abril o cada 29 de febrero?

No cabe duda: es poco lo que guarda la memoria y ni siquiera es del todo fidedigno, pues ayudada por la imaginación transforma los sucesos, los hace más intensos, más graves o si no los minimiza. ¿Por qué asumir como propio ese pasado que ya no existe en ninguna parte?, ¿por qué creer fieles las escenas retocadas por el inconsciente?, si en cualquier forma el pasado ya se fue y la memoria y la imaginación lo sustituyen a nuestras espaldas, ¿por qué no hemos de valerlos de ellas a voluntad para hacernos un pasado a la medida de nuestros gustos y empezamos a decir como Sabines: “deseo que puedas hacerte un pasado feliz”?

## Árboles extraordinarios

LOS SERES vivientes más antiguos y gigantescos de la Tierra se encuentran entre los árboles. Las secoyas de California, EUA, que comenzaban su tercer milenio cuando Carlo Magno fue coronado en Roma, miden hoy hasta 100 metros de altura. El ahuehuete de Oaxaca, mejor conocido como “árbol del Tule”, es el de mayor circunferencia del mundo; su tronco alcanza los 58 metros de ancho y su edad oscila entre los 3000 y los 5000 años. Entre estos prodigios de la naturaleza destaca también el árbol del pan, cuyas cuarenta especies maduran en diferentes épocas del año; sus frutos, de gran riqueza en féculas, constituyen el principal sustento de los indígenas de las islas del Pacífico meridional. En los bosques de Venezuela crecen “los árboles de la leche”, denominados así porque producen un sustituto aceptable de ese alimento. Otro árbol extraordinario es el baobab, y no sólo porque invade el suelo del pequeño planeta de *El principito* de Saint Exupéry, sino por su peculiar constitución. El baobab o “pan de mono”

abunda en África y Asia. Símbolo de lo amado, este árbol es de una madera blanca siempre infestada de hongos que le destruyen los tejidos hasta ahuecarle todos los troncos. Los nativos colocan en esos huecos los cadáveres que no desean enterrar por temor de atraerse con ello la maldición del Cielo. Como sus raíces están prácticamente a flor de tierra y son tan largas como sus ramas, el baobab también es conocido como “el árbol del diablo”, pues según una leyenda, el Demonio enojado lo arrancó de cuajo y lo sembró al revés.

Hay asimismo árboles con vasto significado religioso: “el árbol sagrado de la India” bajo el cual Buda recibió la inspiración, así como “el árbol del bien y del mal” de la religión católica. Uno y otro son pilares de sendas creencias profesadas por millones de seres humanos.

El cristianismo ha sido prolífico en metáforas arbóreas; se dice que con madera de álamo fue hecha la cruz, que tras la muerte de Cristo todos los árboles se inclinaron excepto el álamo, y que por eso en él fueron castigados el orgullo y la arrogancia: desde entonces sus hojas están condenadas a temblar continuamente. El olivo, frecuente en acontecimientos bíblicos, aparece como símbolo de prosperidad o de paz entre Dios y los hombres. Una rama de olivo portaba el arcángel Gabriel durante la Anunciación; en un olivo viejo y retorcido se ahorcó Judas, y era también una rama de olivo con hojas verdes la que llevó la paloma a Noé como prueba de que la tierra había emergido.

El anhelo de inmortalidad ha sido representado mediante árboles diversos: en el abeto han hecho encarnar la ilusión de vida eterna las tradiciones populares nórdicas; en el pino, los pueblos del sur de Europa. El ciprés, imagen del alma inmortal, ha tomado por su madera incorruptible una significación funeraria desde los griegos, quienes lo consideraban un atributo de Hades y, por su parte, los romanos lo consagraron al dios infernal Plutón. Con el mismo sentido, el sauce participa en los ritos mortuorios de los chinos. Y a su vez, el cedro, fuente de leyendas mitológicas orientales, principalmente el de Líbano, es una alegoría de la perpetuidad de la vida.

En los árboles han sido plasmados los anhelos, las creencias religiosas, los mitos y hasta los valores de las distintas culturas. Buscando una analogía entre una idea y la característica más sobresaliente de cada árbol, el hombre ha otorgado, por ejemplo, la representación de la inmortalidad a aquellos que poseen sólida madera u hojas perennes. Una muestra curiosa de tal asociación es el valor inmemorial de la castidad cuyo símbolo es el castaño de Indias, pues la cubierta espinosa de su fruto, metáfora de las tentaciones, es incapaz de dañarlo.

Otras veces, el azar o las circunstancias imprimen una simbología particular a los árboles. De este modo, mientras que en el Mayab la ceiba es el mágico sitio donde la Xtabay aparece para atraer a los hombres, a quienes después mantiene cautivos en el fondo de la

tierra, en la capital de Cuba una ceiba proclama la fraternidad panamericana. Algunos árboles con simbolismo social e histórico son: el de Guernica, testimonio del terrible bombardeo que arrasó ese poblado durante la Guerra Civil Española; aquel que se cuenta sembraron Hegel, Hölderlin y Schelling cuando Napoleón venció en Prusia, y el memorable “árbol de la Noche Triste”, bajo el cual Cortés lloró la derrota que los aztecas le impusieron en 1520.

Sin embargo, no en todo el mundo hay árboles: en los polos, en las cimas más altas de las montañas y en la aridez del desierto es inútil buscarlos. Y mientras la imaginación de algunos hombres lucha por prolongar la vida de los árboles mediante estudios científicos, cuidados profilácticos o a través del llamado a su protección, otros han emprendido una guerra mortal contra todas las especies de tal género botánico. ¿Será que esperar de nuestra sociedad una defensa efectiva de los árboles es como pedir peras al olmo?